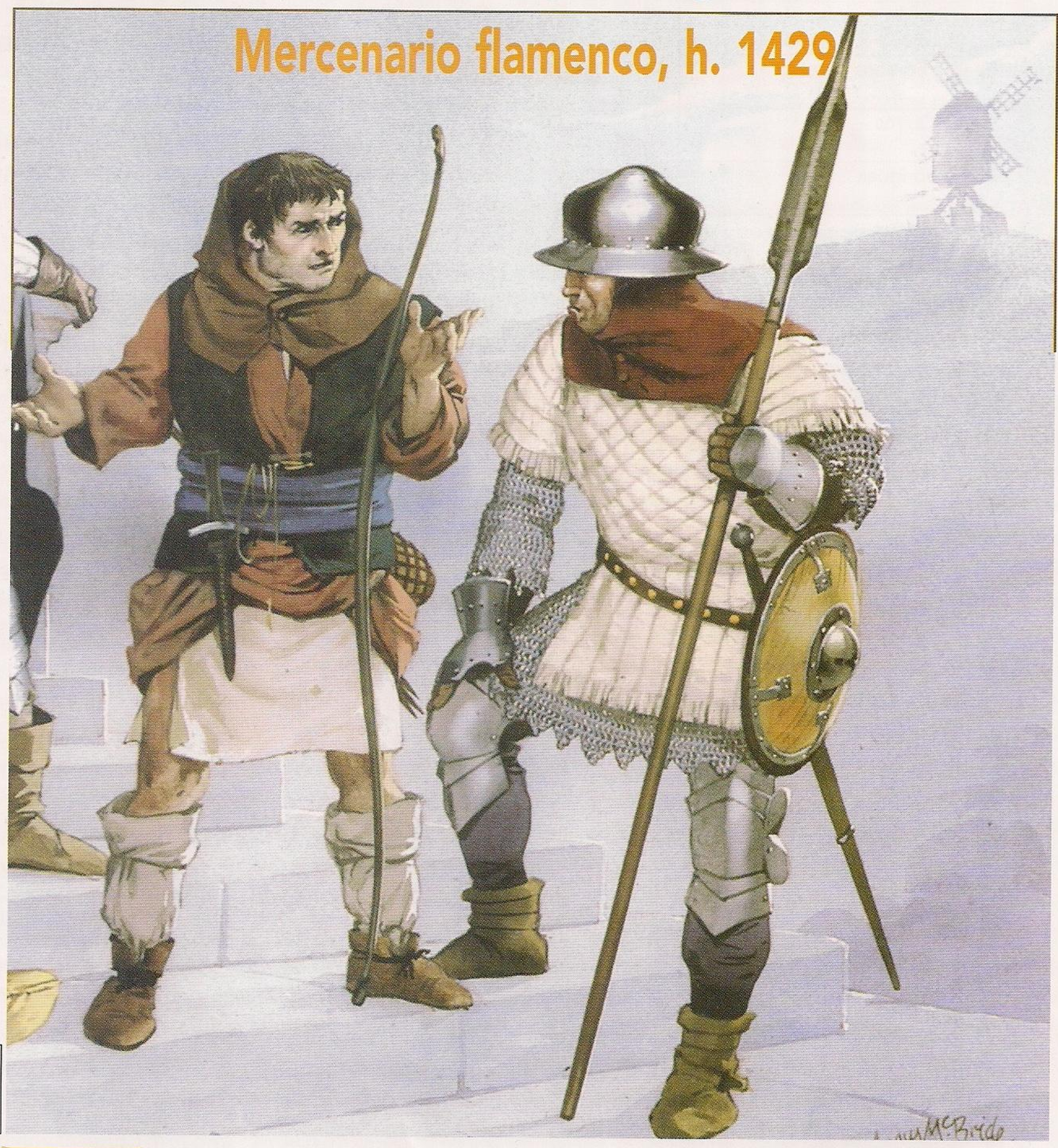
GUERREROS MEDIEVALES

Juana de Arco y los ingleses

Mercenario flamenco, h. 1429



MWE037

ediciones delPrado

OSPREY PUBLISHING

JUANA DE ARCO Y LOS INGLESES
EL SITIO DE ORLEÁNS

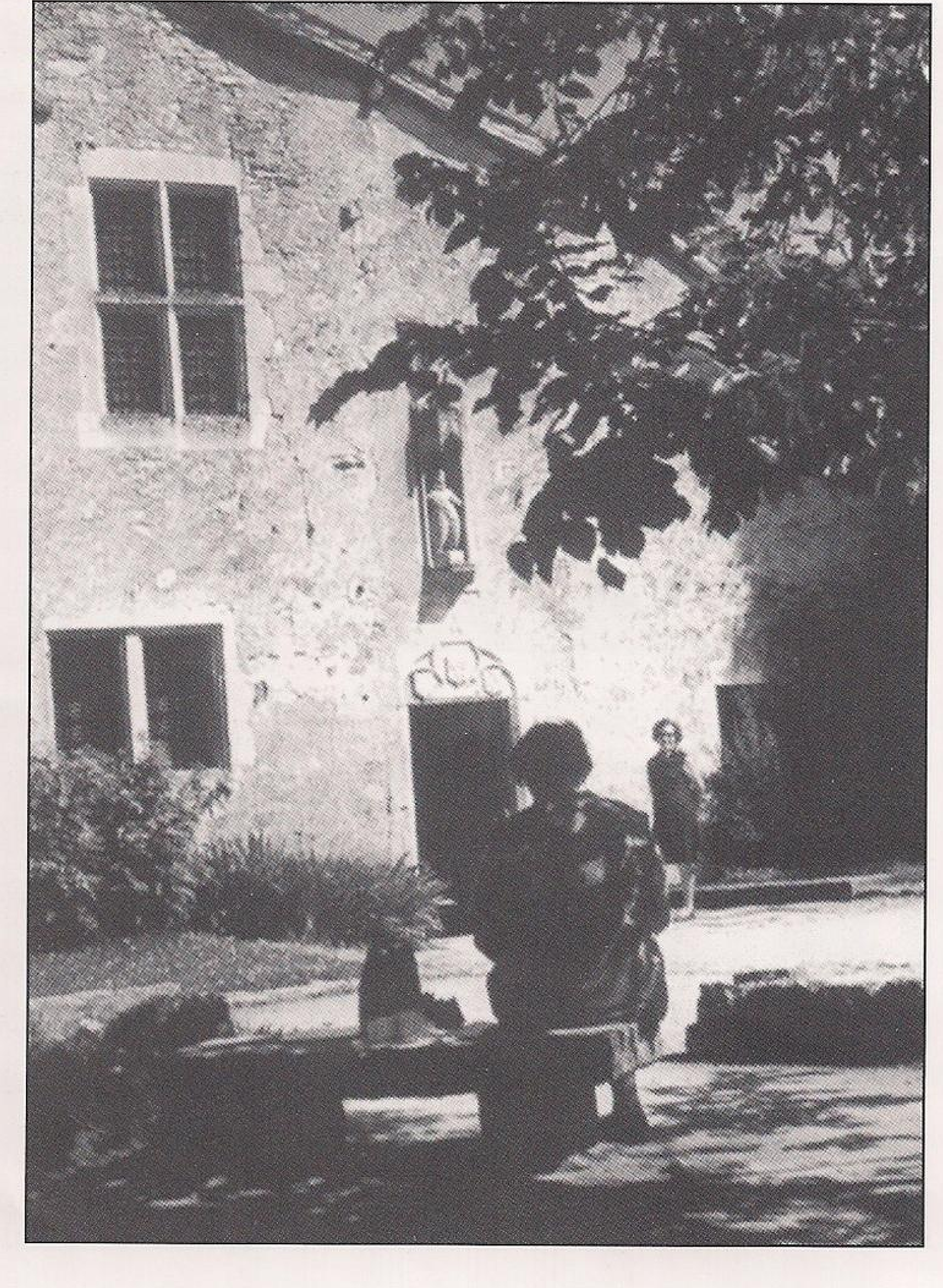
En 1415 el rey Enrique V de Inglaterra invadió Francia. En este episodio de la guerra de los Cien Años, los reyes ingleses combatieron para reivindicar su derecho legítimo al trono francés. Después de su aplastante victoria en Agincourt, los ingleses conquistaron una gran parte del norte de Francia.

Carlos VI, rey francés de la familia Valois, había sido víctima de la locura, de modo que correspondía al Delfín o heredero natural, el futuro Carlos VII, dirigir el renacimiento francés. Era un joven sin experiencia, poco seguro de sus capacidades e incluso de la legitimidad de su causa. Su posición se complicaba aún más por el hecho de que un vasto territorio francés estaba bajo el gobierno de Burgundia. Cuando los partidarios del Delfín asesinaron al duque Juan de Burgundia, los burgundios se aliaron con los ingleses.

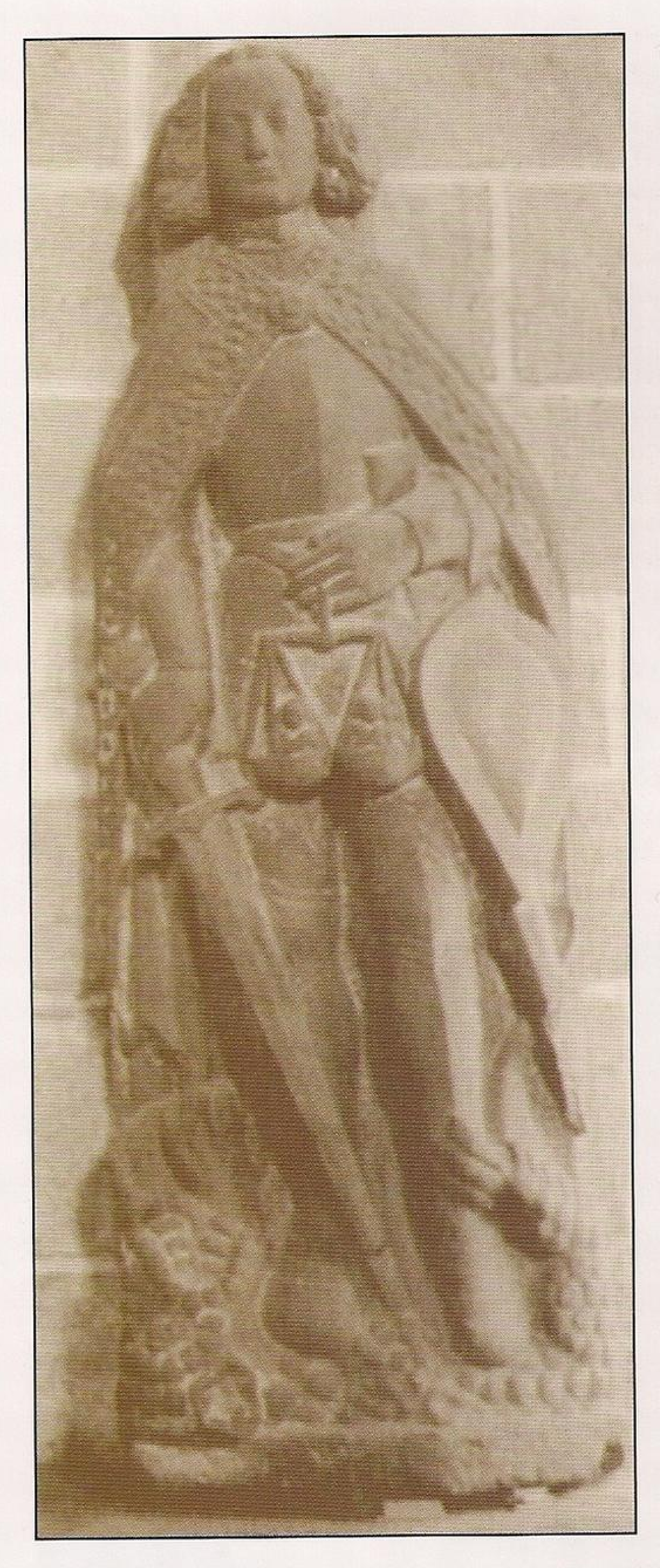
Después, en 1420, el moribundo Carlos VI aceptó el Tratado de Troyes en un intento por poner fin a la guerra. Enrique V de Inglaterra se casaría con la hija del rey, y su hijo sería el heredero a los tronos francés e inglés. El Delfín quedó desheredado. Enrique y Carlos VI murieron dos años después y, de acuerdo con el Tratado de Troyes, el infante Enrique VI se convirtió en rey de Francia. Sin embargo, el tratado nunca fue reconocido fuera de las regiones gobernadas por los ingleses y los burgundios, de modo que, ahora, Francia quedó dividida en dos: la de los Lancaster, gobernada por el regente de Enrique VI, el duque de Bedford, y la de los Valois, leales al Delfín, ahora el rey Carlos VII.

Carlos estaba en una posición aún más débil porque no podía ser coronado en Reims, como dictaba la tradición, puesto que esta ciudad estaba en territorio anglo-burgundio. Siguieron unos años de confusión en los que la contienda fue básicamente una cuestión diplomática.

Aunque Carlos no tenía formación militar y carecía de confianza en sí mismo, no era el personaje débil descrito en la literatura popular inglesa, y se convirtió en uno de los gobernantes más eficaces de la Francia tardomedieval. Tenía algunos consejeros competentes y decididos y, aunque ni Carlos ni ellos aparecieron como héroes, y sus jefes militares eran, en ocasiones, poco mejor que bandidos, mantuvieron viva la causa de los Valois e impidieron que los ingleses se hi-



La casa donde nació Juana de Arco en el pueblo de Domrémy, a unos 50 kilómetros al suroeste de Nancy. (Fotografía del autor).



Estatua de san Miguel, con la típica armadura francesa de mediados del siglo XV, en una iglesia en Locronan, Bretaña. (Fotografía del autor).

cieran con todo el país. Así pues, cuando Juana de Arco irrumpió en escena en 1420, se encontró con unos soldados y un rey dispuestos a dejarse inspirar por su particular visión de la liberación.

Juana de Arco nació en 1412, una de cinco hijos de unos prósperos campesinos, en Domrémy, cerca de Vaucouleurs, en el este de Francia y territorio Valois. De niña fue virtuosa y piadosa. Le gustaba bailar, pero en ocasiones prefería ir a la iglesia. Hacia 1426 comenzó a oír voces celestiales, y a partir de entonces decidió llevar una vida casta y dedicada a Dios. Durante los cinco años siguientes oyó esas voces con regularidad; entre ellas logró identificar la de santa Catalina, santa Margarita y san Miguel. También sufrió los efectos de la guerra, pues Domrémy fue incendiada por las fuerzas pro-inglesas en 1428. Poco antes de ello, Juana se había dirigido al comandante pro-Valois en Vaucouleurs para decirle que la había enviado Dios para conducir al Delfín a su coronación en Reims. Al principio no le hizo caso, pero las noticias de las victorias inglesas y del sitio de Orleáns, que comenzó el 12 de octubre, le hicieron cambiar de opinión y ayudó a Juana a reunirse con el rey.

Juana, una hermosa muchacha de pelo oscuro, se reunió con Carlos en su base en Chinon. Sus compañeros de armas solían llamarla "la Pucelle" (la doncella). Al parecer, sus habilidades militares eran naturales, pero sus contemporáneos estaban impresionados: "(...) en lo referente a la guerra", escribía uno, "era muy experta, tanto en el manejo de la lanza como en la formación de un ejército en orden de batalla y en la preparación de la artillería". Su filosofía sobre el liderazgo militar era simple: "Solía decirles [a los soldados]: 'Arremeted con valentía contra los ingleses', y entonces yo también era valiente en mi interior".

La perspectiva de ver a una joven con armadura dirigiendo a los soldados a la batalla ciertamente asombró a sus contemporáneos, pero no tanto como habría sorprendido a las generaciones posteriores. Las damas de la Edad Media debían ser capaces de defender un castillo en ausencia de su marido. Juana convivía con naturalidad entre sus compañeros. "Algunas veces", recordaba después el joven duque D'Alençon, "me eché a dormir con Juana y los demás soldados, todos juntos entre la paja, y varias veces la vi prepararse para dormir y varias veces miré sus pechos, que eran hermosos, y aún así nunca tuve un deseo carnal por ella".

El rey francés disponía de muy pocas tropas, a las que no siempre se pagaba. Muchas veces tenían que vivir de lo que daba la tierra. El resultado fue una guerra librada por pequeñas fuerzas, en la que los franceses habían logrado poco hasta entonces. Las tropas más eficaces eran, probablemente, voluntarios profesionales, extranjeros, que constituían aproximadamente la cuarta parte del ejército de Carlos.

Las fortificaciones de Orleáns eran de las más recias de la Francia Valois. El gobernador, Raoul de Gaucourt, las había mejorado y ampliado no hacía mucho, y algunos cañones disparaban balas de casi 90 kilogramos de peso. Los relatos sobre el número de tropas implicadas varían mucho. Con los últimos refuerzos (posteriormente llegaron más), el total probablemente no superaba en mucho los 2.000 soldados, incluidas las guarniciones de los vecinos en puestos fortificados a lo largo del Loira dirigidas por el conde Jean de Dunois, el "bas-

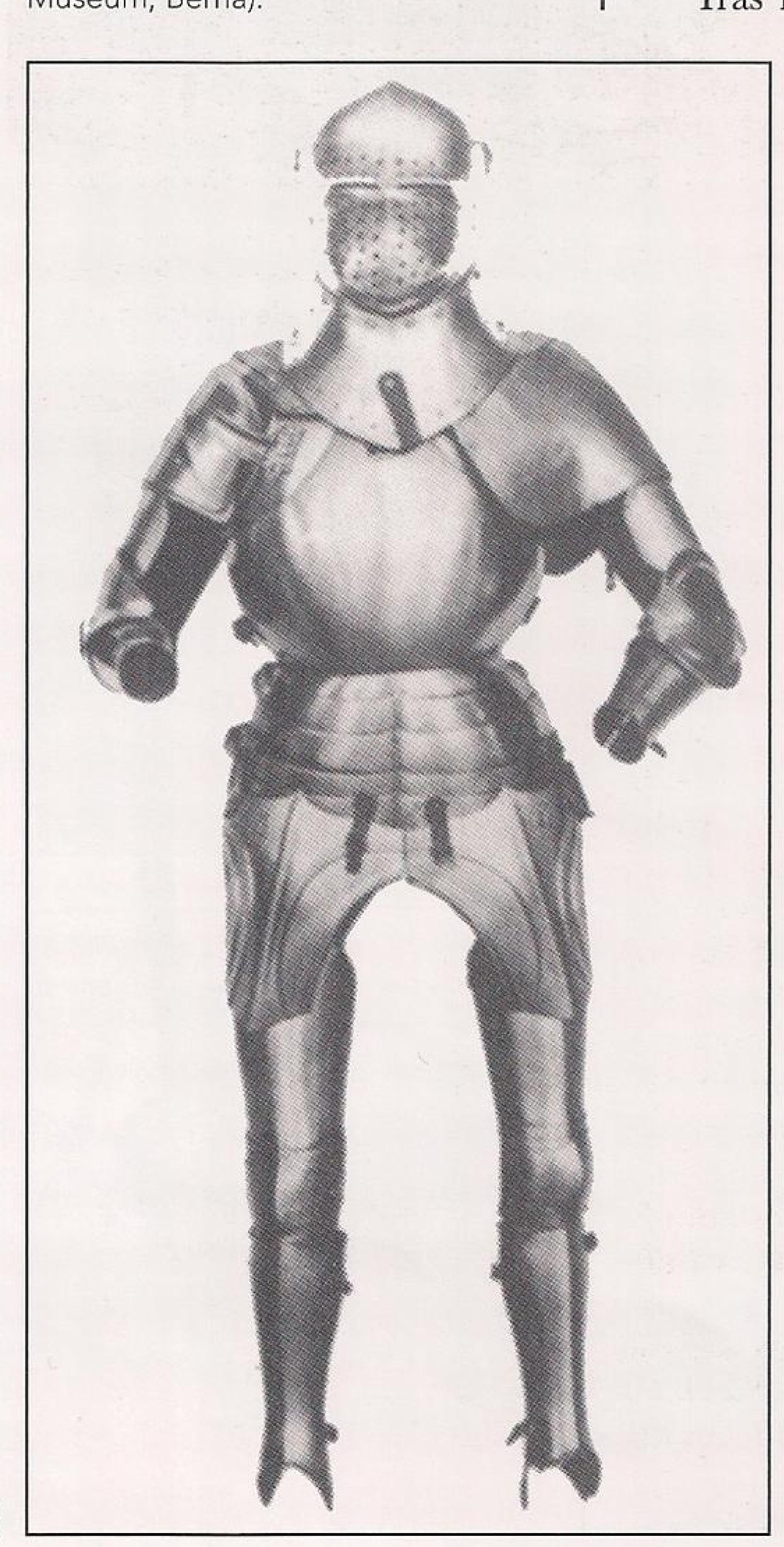


Juana de Arco, década de 1420. Aquí aparece representada con la vestimenta propia de las mujeres de clase media, con el cabello suelto y la cabeza descubierta, como signo de su virginidad. El caballero al que se dirige viste un tabardo con el escudo de armas de Guillaume de Flavy, capitán de Compiègne, que combatió al lado de Juana. Sobre la armadura lleva una túnica, y a sus pies puede verse un gran bacinete.

tardo de Orleáns", pero sin contar a la milicia local. Con la llegada de Juana de Arco su número pudo aumentar a 3.000.

Las tropas inglesas, dirigidas por el conde de Salisbury, eran más numerosas pero de un tipo parecido a las francesas, y la principal diferencia era que la gran mayoría de los arqueros ingleses iban armados con un arco largo y el número de ballesteros era relativamente pequeño, mientras que en los ejércitos franceses era al contrario. Unos 1.500 burgundios se unieron a los ingleses en el asedio, aunque se retiraron en abril de 1429, y el número total de soldados al comienzo (el 12 de octubre) probablemente no superaba los 4.000, aunque los refuerzos llegaron en diciembre. Al acabar el sitio, los ingleses contaban con 1.000 hombres de armas y 2.600 arqueros, pero no todos estuvieron presentes necesariamente en la misma Orleáns.

Una armadura de placas milanesa de mediados del siglo XV fabricada con el reluciente acero que sus contemporáneos dieron en llamar "arnés blanco", y que sólo los más ricos podían permitirse. (Historische Museum, Berna).



El sitio de Orleáns, 1429

Orleáns se había convertido en una de las ciudades más importantes de Francia desde el punto de vista económico, político, cultural y, no menos significativo, estratégico. El regente Bedford aceptó, a regañadientes, lanzar esta temeraria invasión porque la captura de la ciudad les abriría el paso a los territorios al sur del río Loira. Anticipó una campaña final para acabar definitivamente con Carlos VII.

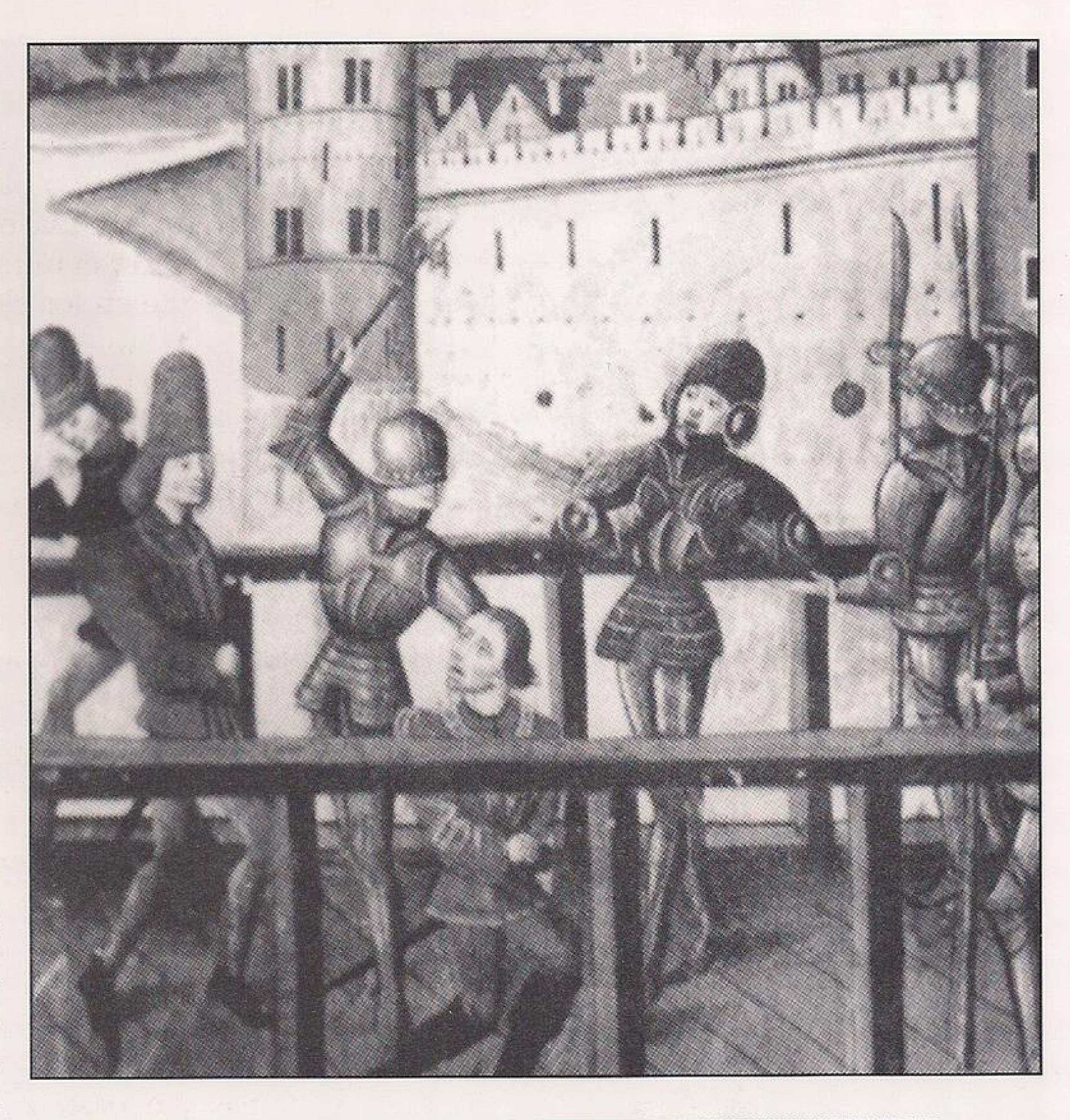
Tras haber capturado los puestos fortificados periféricos de Orleáns, las fuerzas inglesas se congregaron frente a las defensas francesas en el extremo sur del puente del siglo XII sobre el río Loira el 12 de octubre. Atacaron Les Tourelles, la fortaleza que defendía el puente, minaron el pasillo defensivo, o bastión, e introdujeron tal concentración de fuego de cañón que los franceses se vieron obligados a abandonarla la noche del día 23, volando uno o dos arcos del puente en su retirada. Salisbury resultó muerto por una bala perdida, y el más cauto conde de Suffolk asumió el mando. Con Les Tourelles como base, se decidió por un asedio de larga duración, y comenzó a levantar sus fortificaciones en la ribera norte. Sin embargo, la ciudad era demasiado grande para bloquearla por completo, y un convoy de suministros con 400 ovejas y 954 cerdos logró entrar indemne el 2 de enero.

Los franceses fueron inflexibles y destruyeron los suburbios de la ciudad, incluidas las iglesias, para que los ingleses no encontraran cobijo ni refugio durante el invierno. Dunois y La Hire ("el Erizo", Etienne de Vignolles) dirigieron varias incursiones desde la ciudad en un intento de desbaratar las labores de asedio de los ingleses, y se sucedieron otras incursiones menores hasta el estallido de la llamada batalla de Herrings (el 12 de febrero de 1429), cuando La Hire se unió a las tropas del comandante en jefe francés, Clermont, para atacar a una columna de suministros inglesa (que portaba barriles de arenques) [NdT *herring* en inglés significa "arenque"] a 40 kilómetros al norte de la ciudad, pero acabó en una ignominiosa derrota.

Ya en marzo de 1429, la guarnición de Orleáns había reducido su número gravemente, y la posición francesa comenzó a parecer desesperada. Sin embargo, el 6 de marzo, Juana de Arco llegó a Chinon y fue recibida por Carlos VII. Hablaron durante dos horas. Carlos estaba tan desanimado que había pensado tirar la toalla. Juana despertó en él la es-

peranza, pero primero tuvo que someterse a un riguroso interrogatorio por parte de eruditos teólogos, quienes concluyeron que su fe y su misión eran genuinas. Se investigaron sus orígenes y las damas de la corte comprobaron su virginidad; pasó todas las pruebas.

Carlos la envió a Tours para que le proporcionaran una armadura completa de acero "blanco", y que pagó el propio rey, además de varios caballos. Su espada, hallada en una iglesia, estaba vieja y oxidada, y se decía que Carlos Martel la había entregado a la iglesia después de la batalla de Tours (732). Aunque Juana estaba familiarizada con muchas armas, ella prefería llevar su estandarte en la batalla para no herir a nadie.



El asesinato del duque de Burgundia por los partidarios de los Valois puso a los burgundios del lado de los ingleses. (*Chronicle of Enguerrand de Monstrelet*, Bib. Arsenal, París).

Juana llegó a Blois el 24 de abril, donde se estaba reuniendo el ejército de Carlos para liberar Orleáns. Aquí se les unieron Dunois y La Hire. Aunque el estandarte de Juana tenía la forma del pendón de un comandante, no se le dio el mando de ningún ejército. El plan era que entre 400 y 500 soldados acompañaran a otro convoy de provisiones hasta la ciudad sitiada. El ánimo de los franceses empezaba a cambiar; varios jefes militares que hasta entonces habían evitado involucrarse se unieron ahora a esta fuerza. No había ninguna intención de mantenerlo en secreto, pues Juana envió una carta advirtiendo a los franceses de que abandonaran el asedio.

Los sitiadores ingleses sabían que los franceses pronto intentarían liberar la ciudad, pero no sabían qué dirección tomarían. Construyeron más bastiones alrededor de la ciudad, mientras que la guarnición francesa recibió refuerzos de las ciudades cercanas.

La marcha de Juana de Blois a Orleáns se ha visto envuelta en una leyenda de devoción. Partió el 26 de abril con la columna de suministros, precedida por un gran número de sacerdotes entonando cánticos. Cruzaron el Loira por un lugar que no habían ocupado los ingleses, y un "milagroso" cambio en la dirección del viento y la subida del nivel del agua hicieron posible que su embarcación pudiera cruzar el río con la columna a salvo. La noche del 29, acompañada por Dunois y 200 hombres de armas, Juana entró en Orleáns.

Al día siguiente Juana se dirigió al extremo del puente roto y, gritando por el hueco, instó a sir William Glasdale, comandante en Les Tourelles, a abandonar el sitio. En respuesta, Glasdale, "profirió muchos insultos hacia Juana, preguntándole si quería que se rindieran a una mujer, que convocaba a los franceses con sus alcahuetes ateos". Otros se unieron a los insultos, llamando a Juana la "bruja", y amenazando con quemarla si la capturaban.

Los días siguientes fueron de cierta tranquilidad. Dunois regresó a Blois a por más hombres, y Juana y sus compañeros patrullaban las calles animando a sus habitantes y levantando su ánimo. Se aventuraron fuera de las murallas de la ciudad para vigilar al enemigo. Juana informó de que eran más débiles de lo que había pensado.



(1) Arquero franco de Poitiers bien armado, h. 1453. Los "arqueros francos" (libres) solían provenir de la próspera clase media urbana, aportaban sus propias armas y vestimenta, y llevaban el escudo de armas de su ciudad. (2) Campesino insurgente, h. 1440. (3) Mercenario flamenco, h. 1430. Este hombre lleva el equipo propio de un soldado de infantería pesada. Lleva una pesada capelina, uno de los primeros jubones cubiertos de escamas de metal sobre el lorigón, y armadura de placas en los brazos y piernas.


2
3



Una hermosa y realista estatua de Dunois, el "bastardo de Orleáns", con armadura francesa del siglo XV, y una corona de laurel. (*In situ*, Sainte-Chapelle, Château de Châteaudun).

Dunois regresó el 4 de mayo con más tropas. Los franceses atacaron el bulevar Saint-Loup, las fortificaciones de asedio de los ingleses al este de la ciudad, quizá como una maniobra diversiva para dejar el paso libre al convoy de Dunois. Juana, seguida por una numerosa banda de voluntarios, salió para unírseles, y lo que había sido una simple incursión se acabó convirtiendo en un ataque en toda regla de unos 1.500 hombres. Cuando el comandante inglés, lord Talbot, fue informado preparó un ataque diversivo, pero cuando el humo procedente del este confirmó que Saint-Loup había caído, abortó su propio ataque. Según el cronista Enguerrand de Monstrelet, los 300 o 400 ingleses de Saint-Loup cayeron muertos, heridos o capturados. "Luego, la Doncella regresó a Orleáns con todos sus caballeros y hombres, y allí se celebró una fiesta en su honor y fue aclamada con regocijo por los hombres de todos los rangos."

Saint-Loup afianzó la recién hallada confianza de los defensores de Orleáns. Ahora tenían dos opciones tácticas. Podían atacar las escasamente defendidas posiciones enemigas en la ribera norte o ir hacia la más fuerte posición inglesa en Les Tourelles. La fortaleza del puente tendría que ser atacada tarde o temprano, de modo que eligieron el camino más audaz.

La contienda alcanzó ahora un punto crítico. A Orleáns llegaron rumores de que se acercaba un gran ejército inglés, encabezado por el temible sir John Fastolf, aunque, en realidad, éste no partió hasta el 8 de junio.

El 6 de mayo una agitada horda de hombres, inspirados por Juana, salió en tromba de la ciudad y se abrieron paso cruzando el río hacia las posiciones inglesas. Los ingleses salieron de Les Tourelles para ir a su encuentro y lanzaron una potente carga contra ellos, pero Juana y La Hire reunieron a sus hombres y atacaron a los ingleses con tal determinación que huyeron a refugiarse de nuevo en la fortaleza.

Dunois quería que los hombres descansaran, pero Juana exigió un asalto inmediato antes de que los ingleses pudieran fortalecer su posición. Juana fue excluida de un consejo de guerra celebrado esa misma noche, pero envió a su confesor para decir a las tropas que se levantaran temprano y estuvieran preparadas para atacar a la mañana siguiente. Ella se levantó temprano, se confesó y acudió a misa, como de costumbre; después despertó a las tropas. Dijo a los soldados que muchos morirían ese día, pero que irían directos al cielo. No se amilanó ante la presencia de un gran número de cañones ingleses y dirigió el ataque.

El resultado fue el choque más sangriento desde la batalla de Agincourt. La propia Juana resultó herida por una flecha que halló paso por una junta en su armadura entre el hombro y el cuello, y se clavó profundamente en su cuerpo. Rehusó todo tratamiento y continuó combatiendo. Sólo después, según su confesor, aceptó, asustada y entre lágrimas, que le limpiaran la herida.

Hacia las ocho de la tarde, los franceses seguían sin avanzar y sus jefes empezaban a desanimarse. Dunois sugirió volver a la ciudad, pero Juana pidió más tiempo y se retiró a rezar. Regresó unos minutos después y tomó su estandarte, ante lo cual Dunois dijo: "Los ingleses están atemorizados y tiemblan de miedo", mientras que "los soldados del rey han recobrado su valor". Cuando renovaron su ataque sobre la fortaleza, hallaron escasa resistencia. Mientras los ingleses intentaban recuperar la fortaleza, el puente levadizo, dañado por un barco bomba, se



Detalle de una miniatura francesa, al parecer, de Alejandro el Grande en el sitio de Tiro, que, de hecho, es una representación razonablemente realista de las armaduras utilizadas en la época de Juana de Arco. (*Histoire d'Alexandre,* Palais des Beaux-Arts de la Ville, París).

vino abajo. Lo que siguió a continuación fue una masacre. Entre las bajas inglesas se contaba sir William Glasdale, que cayó al río con toda la armadura y se ahogó.

Al día siguiente los ingleses se retiraron. Después de 210 días, el sitio de Orleáns tocó a su fin. Talbot regresó a París para advertir a Bedford de que había peligro de que perdieran todas sus posiciones en el Loira. Sus temores fueron confirmados cuando Juana dirigió a los franceses para capturar la primera de ellas, Jargeau, al oeste de Orleáns, el 12 de junio.



Heraldo francés con un tabardo, uno de los raros ejemplos que nos han llegado de la vestimenta militar del siglo XV. (Museo del Hermitage, San Petersburgo, fotografía del autor).

El mismo día, un ejército inglés de refuerzo formado por 4.000 hombres, partió de París encabezado por el vencedor de la batalla de Herrings, sir John Fastolf, y acampó cerca de Janville en Les Plaines de la Beauce, a unos 35 kilómetros justo al norte de Orleáns. Su presencia no disuadió a Juana de atacar los puestos ingleses de Meung y Beaugency, y Fastolf se unió a Talbot para ayudarles. Pero cuando supieron que la guarnición de Beaugency se había rendido, decidieron retirarse a Janville.

Para su sorpresa, los franceses fueron tras ellos. A los franceses se habían unido más voluntarios, y ahora sumaban 6.000 hombres contra la fuerza inglesa combinada de quizá 5.000. La batalla tuvo lugar cerca de Patay, cuando los franceses tomaron la retaguardia inglesa por sorpresa.

El combate comenzó hacia las dos de la tarde y acabó pronto. Entre los ingleses había cierto desorden, sus hombres de armas habían perdido sus caballos y tuvo lugar una gran matanza. Sólo se capturaron vivos a aquéllos por los que valía la pena pedir un rescate. Cuando las noticias sobre la victoria francesa llegaron a Janville, los ciudadanos se apresuraron a cerrar las puertas y se proclamaron a favor de Carlos VII.

La batalla de Patay fue más decisiva que la liberación de Orleáns. No sólo resultó destruido el único ejército de campaña inglés disponible sino que Patay demostró que las tropas inglesas no eran invencibles en el combate de corto alcance, como los franceses habían llegado a creer. Una consecuencia de la derrota fue que las posiciones inglesas sobre el Loira se debilitaron aún más, y las fuerzas de Carlos VII pronto se hicieron con el control. Juana de Arco convenció al reacio monarca para que marchara, por territorio en manos de los ahora debilitados ingleses, hacia Reims para celebrar su coronación.

A mediados de agosto, Compiègne, Senlis y Beauvais, de donde expulsaron al obispo Pierre Cauchon, presentaron su sumisión a Carlos y Juana. Carlos puso reparos a una propuesta de ataque sobre París, pero dejó que Juana condujera a sus fuerzas contra la ciudad el 18 de septiembre. El ataque falló, y Juana, herida en el muslo, tuvo que ser sacada a rastras del campo de batalla. En diciembre, la familia de Juana recibió un título nobiliario y su pueblo fue eximido del pago de impuestos. Pero en la corte de Carlos ella se había vuelto innecesaria, casi un estorbo, y aunque la gente la consideraba una santa, en otros sectores circulaban rumores de que era una hechicera.

La alianza anglo-burgundia, deseosa de alcanzar la seguridad de París, se puso en marcha para tomar las ciudades vecinas, empezando por Compiègne, y Juana, aunque sin órdenes explícitas, partió para ayudar en su defensa. Después de algunas escaramuzas, llegó a Com-



Sin duda alguna, Juana de Arco fue una heroína que significó una inspiración para muchos, aunque fueron sus menos inspiradores colegas masculinos los que contribuyeron a sus conocimientos militares. El estandarte que lleva este hombre de armas bretón de la década de 1450 está basado en una pequeña ilustración de Juana hecha en vida de la joven.



Escultura del Hotel de Ville, en Lovaina, que representa, extrañamente, un asedio: los hombres de armas intentan forzar la puerta mientras los soldados sitúan escalerillas para subir la muralla. (*In situ*, Hotel de Ville, Lovaina, fotografía del autor).

piègne sana y salva el 23 de mayo de 1430. Al día siguiente encabezó una incursión por el río contra el campamento burgundio. Entre sus hombres, más interesados en el botín, cundió la disciplina y se vieron obligados a retroceder a la ciudad. El puente levadizo fue izado para mantener a los perseguidores fuera, pero Juana aún no había entrado y fue capturada, junto a dos de sus hermanos y un paje que había estado a su lado desde que vistió la armadura por primera vez. Como prisionera de Juan de Luxemburgo, fue confinada en el castillo de Beaurevoire. Desesperada por regresar a Compiègne y alentada por sus voces, intentó escapar saltando desde una torre, y resultó herida, aunque no de gravedad.

Juan de Luxemburgo se la devolvió a los ingleses —a cambio de dinero—, y fue enviada al centro militar inglés en Rouen, donde fue encadenada y confinada en una celda oscura. Los ingleses no querían simplemente matar a Juana, necesitaban destruir su reputación y por ello estaban decididos a condenarla por hereje en un juicio eclesiástico. Su juez sería el recién instalado obispo de Rouen, el ilustre Pierre Cauchon, que había sido expulsado de su sede en Beauvais por los franceses.

Los registros que aún se conservan del juicio ofrecen una triste visión —"un monumento a la iniquidad" como lo calificó recientemente un admirador de Juana de Arco. El tribunal estaba formado por un clero bien escogido especialmente por Cauchon o bien sobornado por los ingleses. Aún así, hubo un hombre que declaró que todo el proceso era irregular (por lo que fue inmediatamente encarcelado), mientras que otros se retiraron del caso.

Los jueces opinaron que las voces de Juana no provenían de Dios y que no tenían ningún valor, y que su "divina" misión era una farsa.

La condenaron por desobedecer a sus padres, por intentar escapar, y por vestirse como un hombre; por su pecaminoso orgullo al dar por hecho que iría al cielo y por decirse responsable sólo ante Dios y no la Iglesia. La condujeron a una cámara de tortura y, aunque probablemente no fue verdaderamente torturada, estaba enferma y agotada por el interminable y hostil interrogatorio. Cauchon la visitó en su celda y la convenció para que firmara una renuncia, dando su consentimiento al juicio, lo que significaba que sería condenada a cadena perpetua en lugar de a morir en la hoguera.

Algunas semanas después, después de haberse recuperado un poco, se retractó, de modo que fue quemada en la hoguera en la plaza del pueblo de Rouen el 30 de mayo de 1431.

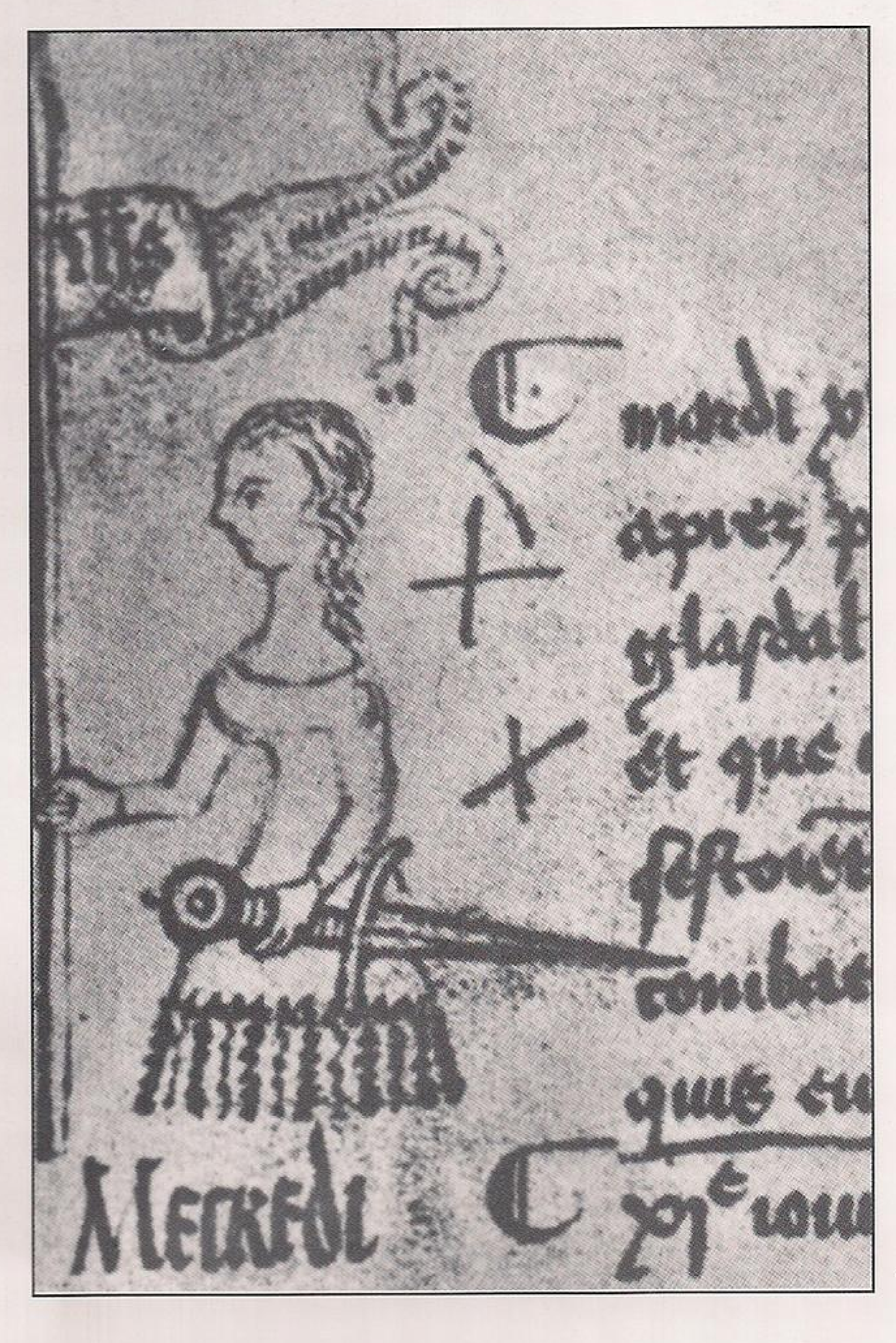
Durante todo este tiempo, Carlos VII no había hecho nada, más preocupado por recuperar el territorio francés a los ingleses. En 1450, para mantener su reputación, inició acciones para que anularan el veredicto. Convertida ya en una santa a los ojos del pueblo francés, Juana fue canonizada en 1920.

Es difícil evaluar cómo vio la gente realmente a Juana de Arco en su época porque sus actos han sido santificados por la leyenda patriótica y el fervor religioso de los siglos posteriores. Ciertamente fue la inspiración de la última obra conocida de esa destacada proto-feminista medieval, Christine de Pizan, que escribió su *Ditié de Jeanne d'Arc* poco después de la coronación de Carlos VII. Esta fue la primera obra que ensalzó la figura de Juana y la única escrita en vida de la santa.

Puede que la influencia de Juana y su habilidad militar hayan sido exageradas, aunque pocos franceses estarían de acuerdo. En cualquier caso, lo que dejó tras de sí fue una historia de notable éxito, valor y dedicación, que se convirtieron en un ejemplo a seguir para otros soldados franceses. Pero en cuanto a si creó tanta consternación entre los enemigos de Francia, no queda reflejado en las crónicas inglesas, y, ciertamente, no hay muestra de ningún interés por parte de los ingleses hasta el siglo XVI, cuando su leyenda se había desarrollado. Aparece como personaje en una de las primeras obras de William Shakespeare, *El rey Enrique VI*, en la primera parte, en la que el general inglés Talbot se dirige a ella como "la vil enemiga de Francia, y una bruja digna del máximo desprecio/Acompañada por tus amantes lascivos...". Era una bruja, o, en el mejor de los casos, una fanática, un "demonio o la madre del demonio", y, ni que decir tiene, una prostituta. Esta actitud persistió incluso después de que la creencia en la brujería hubiera pasado de moda.

En 1817, un inglés escribió cómo "el sitio de Orleáns fue liberado por la celebrada Juana de Arco, calificada por su fanática pretensión como 'la Pucelle de Dieu'. Esto dio un giro temporal a favor de la causa francesa...".

Lo que, aún hoy, olvidan los ingleses es que Francia ganó finalmente la guerra de los Cien Años, y la carrera de Juana de Arco marcó el punto de inflexión.



El único retrato contemporáneo de Juana de Arco es este dibujo, probablemente realizado por un empleado del parlamento parisino en el exilio, fechado el 10 de mayo de 1429. (Archives Nationales, París).